

LA MADRE DE FAMILIA,

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las halla en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi.—Las tres flores, por María Hurtado.—Paulina Rubens, novela por E. B.—El asno y el mastín, poesía por J. E. Hartzenbusch.—Correspondencia.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO

CARTAS Á JULIA

(CONTINUACION.)

No pierdas, pues, la fe, Enriqueta: piensa que una firme voluntad es invencible, y que la estimación ajena, como cosa tan bella y de tan grande precio, no se conquista mas que con las grandes obras.

Aquí llegábamos de nuestra conferencia, cuando vino á interrumpirnos un labrador, el cual deseaba enajenar unas tierrecitas de su pertenencia que lindaban con nuestras posesiones.

A la abuela le pareció muy bien la proposición, y como el labrador, acosado de deudas,

necesitaba efectuar al instante el importe de su pequeña hacienda, se resolvió á seguirle para ver por sí misma lo que podía valer.

Antonio enganchó la mula al carro, y la abuela subió en él, juntamente con el labrador; pero antes de partir me entregó un grueso manojo de llaves, diciéndome:

—Tal vez no esté aquí para la hora de comer, pero haz tú los honores.

Ay! Julia, suspendo esta carta, porque me causa rubor confesarte todo lo que me aconteció con la malhadada partida de la abuela: tal vez mañana tenga más valor, adios.

VII.

Allá va mi confesión, Julia querida, pero por lo mucho que me cuesta hacértela te suplico que no te rías de mí.

Cuando la abuela partió, yo quedé un rato suspensa. Aquel manojo de llaves me abrasaba las manos, comunicando á mi alma no sé qué loco sentimiento de orgullo y alegría. No hay

ningun sér, por modesto que sea, á quien no halague la idea de mandar y tener alguna significacion en su casa. Me parecia haber adquirido repentinamente cierta autoridad que añadia muchos quilates á mi valor, y aquella confianza depositada en mí, por una muger prudente como la abuela, me llenaba de contento. Mi primer deseo fué mostrarme digna de ella, y trasportada de un verdadero entusiasmo, corrí al aposento de don Tomás, como el sitio en donde juzgaba que haria más falta mi presencia.

En el momento en que yo entré, los niños estaban arrodillados delante del buen anciano, repitiendo las palabras que él les dirigia.

—Dá, Dios mio, tu eterno descanso á nuestra madre, decian con sus vocesitas puras y argentinas, y á nosotros amparo en este mundo.

Al verme, ambos enmudecieron, y don Tomás se turbó.

Era éste un antiguo militar, y fiel observador de las leyes de la cortesania quiso levantarse, sin pensar en sus piernas entumecidas que le obligaron á caer nuevamente en el sillón.

Yo acepté con ánimo resuelto mi partido.

—María, Luis, exclamé: proseguí rezando, que yo rezaré con vosotros!... Veamos, repetid lo que yo os diga: «Dá, Dios mio, tu eterno descanso á nuestra madre, que nosotros tenemos otra madre en este mundo.»

—No, balbuceó Luis, no se dice así!

—¿Por qué? le pregunté.

—¿Cuál es la otra madre? dijo tímidamente María.

—Yo! exclamé con efusion cubriéndola de besos y caricias.

Los niños se miraron estupefactos el uno al otro, y advertí que don Tomás tampoco acertaba á darse cuenta de mi extraño cambio.

Su sorpresa me avergonzó.

—Yo, yo soy vuestra madre! proseguí confusa, lo seré de aquí en adelante, y os querré tanto, hijos míos, que vosotros me querréis también!...

—Dios la bendiga á V., señora! exclamó don Tomás alzando los ojos al cielo.

—¿Por qué no me llama V. Enriqueta?

El anciano volvió á fijar en mí sus ojos atónitos.

Luego me cogió la mano y me la besó con galantería.

—La abuela se ha marchado al campo, y tal vez no vuelva hasta la noche, dije yo para dar otro sesgo á aquella embarazosa conversacion.

Pero mi noticia hizo el efecto de una bomba, que estallase repentinamente en un pacífico rebaño.

Los tres se miraron como consternados y como si se tratase de una grán desdicha.

Te confieso que aquello me indignó.

—Pues ¿qué! ¿no estoy yo aquí para reemplazarla? dije con cierto tono de suficiencia, haciendo resonar las llaves.

—¡Oh, dijo don Tomás, no haga usted caso, hermosa niña, los viejos somos algun tanto egoistas, y cualquiera innovacion en nuestros hábitos, cualquiera perturbacion en los cuidados que tenemos costumbre de recibir, nos violenta y contraría. Pero no quiero pasar á los ojos de V. como un frio egoista, no! Es que su presencia tambien me alegra y me consuela. La debo tanto! Ella ha sido mi providencia, por ella no paso mi triste y desconsoladora vejez entregado á manos mercenarias, ó acaso tal vez en el hospital.

—Pero usted es su pariente! le dije, no sin algun despecho.

—Pariente lejano de su marido, ¡Oh, es bien triste y bien corta mi historia! Dos palabras; pero cuántas amarguras! Quedé huérfano desde la niñez, y mis tutores administraron tan bien lo poco que tenia, que sobre no darme carrera, no pudieron rescatarme del servicio militar, al tocarme la suerte de soldado! Ah! cuando el punto de partida es tan bajo, es muy difícil, casi imposible, llegar hasta la cima! Solo haciendo muchas pruebas de valor, pude salvar el profundo abismo que media entre un soldado y un oficial. Tenia treinta y seis años, cuando me dieron el grado de subteniente sobre el mismo campo de batalla, pero este grado lo conquisté al precio de una herida peligrosa. Imposibilitado de seguir al

ejercito, me detuvo en Palencia y llegué á tal extremo de postracion, á consecuencia de mis padecimientos, que los médicos, como único recurso, me ordenaron que saliera al campo. Esto era muy fácil de decir, ¿pero y los medios? Me acordé de mi segundo tio, Antonio Mendez, que residia en este pueblo, y me decidí á probar fortuna. Entonces no pensaba yo, que resentido el sistema nervioso á causa de la herida, debiese quedar en este estado.

Cuando llegué, casi moribundo, mi tio Antonio se estaba paseando por la sala baja, y su mujer, la buena Catalina, ó la abuela, como la llaman todos, cual si fuese la abuela universal, cosia al lado de la ventana.

—Hijo, me dijo bruscamente el primero, volviéndome la espalda; si has contado conmigo has contado mal! Nosotros estamos atrasados, y no nos hallamos en el caso de hacer ni el mas ligero dispendio. Puedes ir á instalarte en el meson; si quieres yo te recomendaré al mesonero; pero nada mas.

—Pero todo esto mañana, dijo la abuela levantándose apresuradamente y corriendo hacia mí. Mañana, ¿no es verdad, Antonio? Porque ahora es casi de noche, y no habrá nada dispuesto en el meson.

—Pueden llevar de aquí el colchoncillo verde.

—¡Oh, los colchones se estropean de llevarlos de un lado al otro, y ese se halla todavia en muy buen estado. Se hará como tu quieres Antonio, pero yo creo que esta noche es mejor que la pase aquí. Arriba hay una cama de más, y me parece que un cocimiento, que es lo que á lo sumo necesitará este caballero, pronto se hace.

Y al decir esto, la abuela me estrechaba tan dulcemente la mano, que yo no tuve valor para resistirme.

Continuará.

Angela Grassi.



LAS TRES FLORES.

A las márgenes preciosas
de un río que canta amores,
se alzaban ricas y hermosas,
transparentes, candorosas
dos bellas y lindas flores.

La una, en su rico vestido
de seda y de terciopelo,
ostentaba el encendido
color del carmin subido
bajo cristalino velo.

La otra en el blanco manto
de su corola luciente
mecia con dulce encanto
entre sus fibras, el llanto
de la aurora refulgente.

Las dos eran placenteras,
cándidas, bellas y hermosas,
las dos eran hechiceras,
é ilusiones lisonjeras
se formaban orgullosas.

—Soy bella, dijo la rosa
mirándose en la corriente
apacible y silenciosa,
y pura, casta, radiosa
alzo mi aromada frente.

—Y yo con traje nevado,
dijo la flor virginal,
llevo en mi caliz dorado
de seda y oro bordado
el encanto celestial.

—¡Que bellos son los colores
con que Dios nos ha dotado!
dijeron las bellas flores.
¡Cuantos y cuantos primores
en nosotras ha encerrado!

Yo escuchaba silenciosa
aquella charla inocente,
cuando terrible, furiosa
la tempestad pavorosa
vibró su rayo potente

Y exhalando con fiereza
su impuro soplo en las flores,
despojólas con presteza
de su cándida belleza
y sus graciosos colores.

Y una por una arrancando
sus hojas de nieve y rosa,
el aire las fué llevando
y, adios, dijeron llorando,
adios, ilusion hermosa.

Adios tambien, dije yo,
adios, flores de mi alma:
vuestra vista me alegró
y mi duelo disipó;
mas me ha robado la calma.

Vosotros sois de la vida
el mas perfecto bosquejo,
hoy una ilusion querida,
mañana ya está perdida
en el último reflejo.

Que tal es la vida humana,
donde todo es ilusion:
y no tengo un alma hermana
que hoy sea lo que mañana,
ni entienda mi corazon.

Y es todo loca ficcion,
todo mentida quimera,
todo pasion y pasion;
todo soberbia, ambicion,
todo ilusion pasagera.

¿No existirá una verdad
entre tal desilusion?
¿No existirá la bondad,
de la santa caridad
y la fé del corazon?

—Sí, dijo una voz doliente
como el gemido de un alma.
Y entonces bajé mi frente
y ví una flor inocente
al pié de una linda palma.

Escondida entre el ramage
y por la palma escudada,
la tormenta el desatada
romper no pudo el follage
de la violeta azulada.

Y suave, inocente y bella,
modesta, cándida y pura,
brillaba, cómo destella
la blanca y nítida estrella
en la inmensidad oscura

Mientras las otras ajadas,
sin perfume y sin rocío,
pálidas y destrozadas,
corrian abandonadas
entre las ondas del río.

¡Ay! que orgullosas se alzaron
en una atmósfera impura,
y sus frentes empañaron
y sus galas destrozaron
y perdieron su hermosura.

Y mi llanto derramando
por las deshojadas flores,
la casta viola arrancando
un beso amoroso y blando
dila, y me dió sus colores.

¡Ay! que tan solo, alma mia,
virtud modesta y sincera
puede darnos la alegría,
y elevarnos algun día
á la gloria verdadera.

Maria Hurtado.

PAULINA RUBENS.

(Primera parte.)

I.

LA CASA DE RUBENS.

La casa de Rubens en Amberes se halla cortada en el día por una pared gruesa que la divide en dos habitaciones. Ocupaba una de estas en 1817 un banquero, que habia tenido el gusto, digno de elogio, de conservar en ella el aspecto exterior que la caracterizaba cuando era albergue del rey de los pintores flamencos. Solamente habia desaparecido la parte donde estaban los talleres.

En lo último del jardín se elevaba aun el pequeño pabellon de yerba, bajo el que descansaba Elena Froment, mientras Rubens pintaba al aire libre, en medio de sus discípulos, luchando en poder y luces con el mismo día en todo su brillo. Ninguna innovacion se habia hecho en la fachada de la casa, ni en la parte que separaba el jardín del patio principal. Una águila de dos cabezas dominaba el pórtico contruido al estilo de la *Renaissance*. Encima, y apoyadas sobre el frontis, se veian dos estatuas, una de Minerva y otra de Mercurio, llevadas de Italia por Rubens: á derecha é izquierda, en relieve, las efigies de Venus y de Pan, y debajo, grabados en una lápida mármol algunos versos de la sátira X de Juvenal.

El ala principal, que formaba realmente la habitacion del banquero, habia sido, sino reedificada, al menos corregida completamente despues de Rubens.

Luego que se ponía el pié sobre el primer escalon de la gradería de entrada, cubierta de modo que si al bajar del carruaje no habia que temer ni á la violencia del viento, ni la incomodidad de la lluvia, se echaba de ver inmediatamente una agradable mezcla de la comodidad inglesa con la riqueza elegante de Francia y la opulencia flamenca.

La escalera, anchay espaciosa, estaba cubierta de ricas alfombras; dobles puertas, cerradas herméticamente, impedían la entrada al frio y humedad del pais; estufas ocultas templaban con su aliento invisible y tibio la crudeza del invierno, que hacia sentir entonces todos sus rigores. Pero adonde brillaban en todo su esplendor los adornos mas esquisitos y las prodigalidades de un lujo casi régio, era en el aposento ocupado por la señora de la casa. Recostada con negligencia en una de esas butacas adoptadas entonces en Francia y que se miraban como una maravilla en Amberes, madama Van-Eyckens calentaba suavemente sus piecitos calzados con elegantes chinelas de terciopelo encarnado forradas de piel de cisne.

Un mármol precioso, tallado y cincelado por un hábil artista, formaba la chimenea. El espejo de esta era un cristal trasparente sin azogar, que permitia ver detras de él los tesoros perfumados de un invernadero lleno de las flores mas raras y preciosas; y al alzarse los tapices que formaban las colgaduras de las puertas, se veia en un salon inmenso, una coleccion digna de un rey, de las obras maestras de la escuela flamenca.

Hacianse notar, entre los cuadros de mérito que adornaban esta galería de inapreciable va-

lor, muchos retratos de familia pintados por Van-Dyck, Jordaens, Breuquel de Velours y los mas aventajados discípulos de Rubens. En el medio, resplandecia una copia ó mas bien una repetición del cuadro, que se halla en la capilla sepulcral de la familia de Rubens. Representa como todos saben, á la Virgen sentada debajo de un emparrado; delante de ella á San Buenaventura adorando al niño Jesus de rodillas. Detrás se vé á la hija Jairo resucitada, á Santa Marta, á la Magdalena y á San Jorge cubierto de una armadura brillante; el vencedor del dragon maldito huella al monstruo con sus pies, y enarbola una bandera con sus manos. Del lado opuesto San Gerónimo acaba de cerrar un libro sostenido por un ángel. Cuatro querubines con palmas en las manos revolotean encima del grupo. La figura de San Jorge es el retrato del mismo Rubens, la Magdalena representa á Isabel Brandt; primera muger del gran artista; en Marta se reconoce á Elena Froment; en la hija de Jairo á madameselle Luden modelo del *sombrero de paja*; en San Gerónimo, al padre de Rubens; en San Buenaventura á su abuelo y en los ángeles á sus hijos.

Enfrente de esta pintura maestra se veia el *Vado de Verghem*; paisaje maravilloso que jamás ha podido igualar el arte ni antiguo ni moderno. Debajo de este cuadro el mismo Berghem habia escrito de su puño:

A Jacobo Rubens,
nieta del gran pintor.
su amigo Berghem.

Pero lo que escedia á toda belleza, lo que escitaba la admiracion mas que todos los tesoros y preciosidades del palacio, era sin disputa, la jóven que le habitaba.

La imaginacion mas hermosa y mas poética no ha soñado nunca una cosa tan encantadora. Madama Paulina Van-Eycken, envuelta en los pliegues de un peinador de terciopelo blanco sujeto á su cintura por un cordon de oro, fijaba sus grandes ojos negros sobre un hermoso niño, que acostado sobre una alfombra de pieles ojeaba un libro de estampas. Rafael habia adivinado al parecer en su *Virgen de la Silla* el tipo de esta jóven madre. Se encontraba en ella una mezcla inefable de magestad y de candor; se veia resplandecer especialmente á la maternidad en todo su sublime poder, anticipada fruicion terrestre de la ternura santa que debe beatificar en el cielo con sus místicos trasportes á las almas de los elegidos. Cada inflexion de voz del angelical infante causaba una embriaguez á la jóven; sus menores palabras la hacian feliz;

la vida de la madre consistia mas en el, que en su propia existencia.

—Mamá, dijo el niño, levantándose de repente y yendo á colocarse delante de madama Van-Eyckens, mamá ¿sabeis que dentro de tres minutos ya tendré cuatro años?

Y señalaba con su dedito la manecilla de oro de una péndola magnífica de Boulle.

—Sí, querido Adriano, contestó la madre conmovida. Sí; y es menester que nos pongamos á rezar para que los ángeles del paraíso, cuando hagan sonar esa hora que me hizo tan feliz, presenten á los pies del Altísimo nuestras palabras de bendicion y reconocimiento.

El niño se arrodilló, su madre estrechó sus manitas entre las suyas y los dos oraban, la una con su voz dulce, y el otro con sus labios inocentes, cuando el sonido argentino de la péndola hizo oír las cinco. Pocos instantes despues el tapiz que cubria la puerta se levantó y dejó ver á un hombre, jóven aun y cuyo rostro tenia á la vez un sello de nobleza y melancolía.

—Jorge, le dijo madama Van-Eyckens, Jorge, ven á orar con nosotros y á dar gracias á Dios por el nacimiento de nuestro hijo.

—Querida Paulina, contestó monsieur Van-Eyckens, hoy es, hoy, precisamente en este momento, el aniversario de un dia tan feliz de nuestra vida. ¡Ah! ¿qué poco semejanza tendrá lo futuro con lo pasado!

—¿Qué quieres decir? exclamó Paulina levantándose aterrorizada y corriendo hácia su esposo.

—Nada que deba alarmarte, amiga mia, repuso el banquero esforzándose á ocultar las lágrimas que asomaban á sus párpados.

—Jorge, en vano tratas de ocultarme alguna pena. Eso es muy mal hecho. ¿No me proporcionas una felicidad suficiente para hacerme aceptar con gratitud la parte que me corresponde en tus pesares? Sin duda no me amas, cuanto vacilas en hacer comun á los dos todo lo que te pertenece.

—¡Oh no, Paulina querida! Bien sé que tú eres la mas tierna y la mejor de todas las mugeres... Me veo obligado á partir repentinamente, ahora mismo, á hacer un viaje que exigen mis asuntos... Hé aquí lo que causa mi dolor y mi pena. Al dejarte no puedo ocultar mi tristeza.

Las lágrimas bañaron las mejillas de madama Van Eyckens.

Adriano se arrojó á los pies de su padre y abrazando sus rodillas repetia que no queria dejarle partir.

Jorge, pálido y anonadado por los esfuerzos que hacia para ocultar su desesperacion, se dejó caer sobre un sofá tapándose el rostro con las

manos con un movimiento convulsivo. De repente, levantó la cabeza y presentó unos papeles á su esposa, que tenia los ojos fijos sobre él con una espresion dolorosa.

—Es necesario que firmes estos documentos antes de mi marcha.

—¿Luego será muy larga tu ausencia?

El banquero no pudo contestar sino por un movimiento afirmativo, los sollozos le ahogaban.

—¿A qué país vás?

De sus lábios salieron estas palabras medio sofocadas:

—A América.

—¿A América? Jorge, ¿y así tan de repente, sin preveerlo, sin prevenírmelo de antemano quieres abandonarnos por meses, por años enteros tal vez? Tu me ocultas alguna gran desgracia, Jorge. En nombre de nuestro amor, en nombre de nuestro hijo ábremet tu corazon, amigo mio. Confíame el triste secreto que arruga tu frente hace ya largo tiempo. No temas afligirme; habla sin temor. Conozco que Dios me dará fuerzas para soportar la desgracia. Jorge, Jorge mio, no guardes silencio por mas tiempo.

Y ella lo atria suavemente hácia sí, apretaba sus manos entre las suyas y le dirigia miradas suplicantes llenas de afecto y ternura.

—No, contestaba él, no. Demasiado pronto sabrás el golpe espantoso que nos amenaza. ¡Adios, Paulina, Adios!

—No saldrás de aquí sino despues de haber hablado, dijo ella. Yo me agarraré á tí y primero me hollarás con tus piés que guardar por más tiempo ese terrible silencio, peor mil veces que la mas horrorosa realidad. Jorge, de rodillas te lo pido, confíame tu secreto.

—Mi secreto! ¿quieres saber mi secreto? Paulina no conoces que si yo lo guardo es por que te vá á llenar de vergüenza y desesperacion, porque me vá á traer tu indignacion y tu desprecio?

—Pues qué ¿una muger cristiana no debe amar á su marido sino cuando este es feliz? Si tú has cometido alguna falta, deber mio es ayudarte á repararla en vez de echártela en cara.

—Querida Paulina, esa nobleza de sentimientos aumenta mi oprobio... Pero ¿tú lo exiges? Pues bien, sabe que estoy perdido, deshonorado! He sufrido pérdidas considerables en mis empresas comerciales; siete barcos han perecido en el mar. Para reparar esta desgracia, me ha precisado recurrir á especulaciones aventuradas, he tenido que jugar en la bolsa; ya no me queda nada. Si no me apresuro á huir, la prision y una sentencia infamatoria es la suerte que me está reservada. ¿No vale mas que yo muera?

—Morir? ¿Y era ese tu viage, Jorge? eso era lo que ibas á hacer? ¿morir, perder tu alma, abandonar tu muger y tu hijo? Oh Jorge, Jorge! esos pensamientos no son dignos de un cristiano, ni de un corazon noble como el tuyo. Para que te hayas decidido á cometer un crimen tan espantoso es necesario que nuestra desgracia sea irremediable, que no haya esperanza ninguna de salvacion.

—Ninguna! con dificultad he podido salvar tu dote de mi ruina. Firmando tu estos papeles, reclamando el contrato de nuestro matrimonio, por el que la separacion de nuestros reciprocos bienes...

—Eso es, Jorge; para mí las comodidades, para tí la vergüenza y la muerte. He aquí como rompes el lazo que une nuestras dos existencias ante Dios y ante los hombres. Mi dote... pero es considerable pues asciende á 500 mil pesos ¿para que le he de guardar yo, mientras tienes tu acredores?

—Porque constituye tu fortuna y no la mia, porque la ley así lo requiere.

—Yo no comprendo esas sutilezas de las leyes, respondió con candor madama Van Eyckens. He participado de tu opulencia, jasto es que sea participe de tu miseria. No debes partir, Jorge, es necesario que te quedes, es necesario entregar á nuestros acredores todo lo que nos queda, es preciso decirles «Nosotros trabajaremos como unos criados mercenarios hasta que os hayamos pagado completamente todo lo que os debemos.» Dios nos dará fuerzas y nos concederá medios para hacerlo así. La afrenta Jorge, el suicidio, jamás.

—Pero la miseria va á rodearte.

—¿Qué importa la miseria si nuestro honor queda ileso?

—¿Y tu hijo?

—¿Mi hijo? Jorge, quiero mas para mi hijo un nombre sin mancha, que todos los tesoros de la tierra. Le educaré en el trabajo y le acostumbraré a una existencia oscura y pobre. Dios hará lo demás.

—No, jamás aceptaré semejantes sacrificios. Yo solo soy el culpable y yo solo debo sufrir las consecuencias de mi falta.

Paulina se acercó á la chimenea y arrojó en ella con tranquilidad los papeles que su marido le presentaba para que firmara. En seguida tocó la campanilla. Una criada se presentó.

—Bella, le dijo, ¿sabes á que hora sale la diligencia de París?

—Señora, á las siete.

—Ve á tomar dos billetes de interior.

—¿Dos billetes de interior? repitió Bella sorprendida,

Un movimiento de cabeza de su ama la hizo obedecer en silencio.

—Adriano irá sobre mis rodillas dijo sonriendo madama Van Eyckens dirigiéndose á su marido. Nos quedan dos horas, Jorge, quiero emplearlas en recoger toda la ropa que nos sea necesaria y meterla en una maleta. Tengo en mi cartera cuatro mil francos de mis ahorros en los gastos de mi tocador, no llevaremos más dinero con nosotros. Mientras que yo me ocupo en esto, llama tú al dependiente principal es hombre inteligente y honrado ¿sabe nuestra posicion?

Jorge contestó que sí con un gesto.

—Dale un poder general y hazle redactar la obligacion en que cedo mi dote á tus acredores; en seguida partiremos para París; es necesario que la publicidad de nuestra ruina no nos encuentre en Amberes. Si más adelante, cuando pueda ser apreciado tu desinterés y reconocido que todo fué afecto de la desgracia solamente, es necesaria tu presencia, entonces volverás aquí.

Mr. Van Eyckens obedeció maquinalmente á lo que le mandaba su muger. Paulina, tranquila y serena como si estuviera acostumbrada á dichas ocupaciones, arregló la ropa en una maleta y pagó á los criados sus salarios. Envuelta en una capa oscura segun el uso de las mugeres de Amberes, tomó en brazos á su hijo, fué en busca de su esposo y ambos se dirjieron á la diligencia. Subieron en silencio al carruaje en el que felizmente no iba ningun otro viajero. Giraron sobre los ejes de las ruedas y los caballos partieron. Entonces fué cuando Jorge dió libre curso á sus sollozos comprimidos: Paulina le atrajo suavemente hacia sí, apoyó la cabeza del desgraciado en su hombro y colocó á su hijo sobre las rodillas de este hombre abatido, anonadado y presa de la desesperacion.

—Dios nos protegerá, amigo mio, dijo ella; debemos hacer nuestro deber.

II.

LA POBREZA.

Por grande que sea el valor de una muger; es imposible que pueda pasar esta de repente sin emocion, de la opulencia á la pobreza, mucho más si encuentra en su esposo una inclinacion hacia el suicidio. El corazon de Paulina latía, á la salida de Amberes, con mas fuerza que de costumbre, coloreaba sus mejillas un vivo encarnado, pero la noble resolucion, que habia toma-

o era irrevocable y no le causaba ningun sentimiento. Miraba á sangre fria lo pasado y lo presente y no se hacia ilusion de ninguna especie sobre lo que esperaba en el porvenir. Abrumado por la lucha deplorabile que habia sostenido entre la dicha y sus pesares, Mr. Van Eyckens, sintiéndose sin fuerzas, no creia en el valor de su esposa. Admiraba su entusiasmo, pero lo tenia por una ilusion que pronto debia desaparecer ante la realidad. De este modo no probaba alivio alguno en sus penas. Dejaba que hicieran con él lo que quisiesen cómo un enfermo que convencido mejor que su médico de lo incurable de su mal, solamente ve en los remedios que le aplican una prolongacion de su padecer.

(Continuad.)

E. B.

EL ASNO Y EL MASTIN.

FÁBULA.

—Que Dios al mastin guarde.
—Guárdele al asno Dios.
¿De dónde vienes?—Dejo
la corte del leon.
—¿Por qué?

—Porque á los brutos
oprime con rigor,
sin que presenten ellos
motivo ni razon.
—Tú piensas ciertamente
como animal de pró,
y en mi hallará su paga
tu noble decision.

La plaza te destino
de mi volante, yo
que soy aunque algo sério
guapote y boanchon.

—No, no, que si es delito
servir al opresor,
es el servir á idiotas
cubrirse de baldon.

J. E. Hartzenbusch.

CORRESPONDENCIA.

Herrámelluri. Señora doña A. M. R., queda complacida en lo que desea.

Canillas de Albayda. Señora doña M. L. abonó por don F. J. su saldo de 136 rs.

Id. Señor don S. L., se le anotarán 16 rs., dejando pagado hasta fin de Diciembre de 79.

Id. Srs. don M. S., don R. F., don F. A., don A. C., con los 28 rs. que cada uno de dichos señores han remitido dejan abonado hasta fin de diciembre del 79.

Id. Señora doña C. L. D., se le anotan 4 rs. dejando pagado hasta fin de diciembre del 79.

Anzó. Señora doña C. O., recibió los 12 rs. deja pagado hasta fin de diciembre del 79.

Alburquerque. Señora doña N de M., con los 10 rs. que envia deja abonado hasta fin de marzo del 80.

Caprech. Señora doña F. D., en nuestro poder los 12 rs., con los cuales queda pagado hasta fin de febrero del 80.

San Fernando. Señora doña M. J. T., recibió los 14 rs. deja pagado hasta fin de marzo del 80. Le remitimos los números que le faltan.

Id. Señora doña C. O., id. id.

Canillas de Albayda. Señor don F. J., queda pagado hasta fin de diciembre del 79, y le sobran 28 rs. para el año 80.

Berja. Señor don M. J. recibió los 16 rs., dejando abonado hasta setiembre del 70.

El Cubillo. Señor don R. M., anotados los 22 rs., deja pagado hasta fin de enero del 80. Le remitimos los números que pille.

Monfarracino. Señor don T. F., con los 28 rs. abonó la revista hasta fin de diciembre del 79.

Puerto de la Selva. Señora doña M. B., recibió los 28 rs., deja abonado hasta fin de diciembre del 80, anotados los 4 rs. a D. F., y cumplido su encargo.

San Pedro Latorre. Señor don M. M. en mi poder los 28 rs., queda pagada la suscripcion hasta fin de junio del 80.

Vich. Señora doña A. C. B., doña M. C. de V., y doña J. C. de C., recibidos los 84 rs. dejan abonado hasta fin de diciembre del 79.

Anta de Tera. Señora doña C. R., recibió los 20 rs., queda abonado hasta fin de febrero del 80.

Peñacola. Señor don A. B., conforme con lo que dice en su carta.

Sevilla. Señora doña S. C. de A., con los 16 rs. que manda deja abonado hasta fin de diciembre del 79.

Valencia. Señor don F. A., solo se han recibido 4 rs. restando otros 4 hasta fin de diciembre del 79.

La Directora.

Granana:—Imprenta de «La Madre de Familia»